

INTRODUCCIÓN

Los estudios actuales sobre los movimientos sociales en el campo mexicano

A diferencia de lo que ocurría en los años setenta, cuando hablar de la cuestión campesina significaba asumir apasionadamente una posición en la polémica desarrollada en ese entonces entre campesinistas y descampesinistas, en los años ochenta y principios de los noventa se nota no sólo una mayor mesura en los juicios sobre el campesinado, sino también una amplitud mayor de ejes de análisis y una menor ortodoxia y rigidez en los marcos de referencia.

Esa mesura se debe sobre todo a la enorme complejidad de los procesos sociales que se desarrollaron en el seno de las sociedades rurales a lo largo de la llamada década perdida y que hoy día continúan presentándose, así como a las transformaciones experimentadas en las relaciones entre los actores sociales del campo y el Estado.

La actitud gubernamental de no emprender de manera global la solución a los problemas del agro y actuar bajo una política que favoreció solamente a determinados productores, aunada a un cambio en la dinámica y en las expectativas de los movimientos campesinos, provocó la disminución del trabajo sobre la temática rural y el enfriamiento de la candente polémica “campesinistas *vs.* descampesinistas”. Polémica que por lo demás había llegado ya a un *impasse* academicista.

Si bien las construcciones teórico-explicativas de la problemática estructural y política campesina habían sido muy fructíferas y elocuentes, los análisis tenían ahora que retomar nuevas vías, pues la propia realidad del movimiento campesino y de desarrollo de las relaciones capitalistas en el campo, ponía en evidencia la necesidad de superar las reflexiones circunscritas a la discusión teórica y muy politizada entre ambos bandos.

Lo anterior no significa que en el decenio pasado la cuestión agraria haya perdido interés por parte de los investigadores, sino que precisamente la polarización excesiva de la discusión en torno al estatuto teórico del campesinado y la evidente politización mencionada, condujo a muchos de ellos a abordar nuevas vías y líneas de interés en aras de intentar salir del pantano academicista en el que se encontraban las investigaciones.

En un afán de superar entonces ese dogmatismo e ideologización, se llegó a un punto en el que era mejor realizar monografías y trabajos sumamente des-

criptivos, con el objetivo de reconocer e identificar mejor a los actores sociales de carne y hueso, antes que reavivar el fuego de la discusión anterior. Esta caute-la teórica se debió, en gran parte también, al reclamo de atención de los actores sociales hacia sus movimientos y planteamientos. Y además, a que la lógica y la dinámica de los procesos sociales en el campo se desarrollaron y abrieron nuevos frentes de lucha, sin importarles si eran calificados por los teóricos como proletarios, burgueses, reformistas, revolucionarios, etc.

Para dejar de lado los determinismos economicistas y politicistas alrededor de la realidad campesina —y que permean por lo demás todos los estudios sobre la realidad latinoamericana de esa época—, surge pues la preocupación por precisar y distinguir a los actores sociales que atraviesan la escena rural, partiendo de su quehacer concreto, sus acciones y ejes aglutinadores, cuestión que generó una buena cantidad de trabajos con una perspectiva de análisis distinta: la de la acción colectiva, teniendo como eje fundamental los movimientos sociales.¹

Esa nueva vertiente, no siempre explícita en las investigaciones, fue alimentada —como ya señalamos— por la crisis de los paradigmas y por la mayor relevancia que algunos movimientos campesinos comenzaron a cobrar en esos años y que obligaron a los estudiosos a percibir a los nuevos actores como constructores de la sociedad.

En ese marco, los estudios pasan del análisis puramente estructural y del contexto sociopolítico e ideológico, al análisis de los actores sociales a través de sus organizaciones, demandas, formas de acción, etc.

La idea de que las instituciones establecidas no respondían a las necesidades de los nuevos actores sociales, y muy especialmente el argumento de su inoperancia, favoreció grandemente el estudio de los movimientos, sobre todo de aquéllos que a juicio de los investigadores representaban formas novedosas de expresión social y que en la acción ponían en práctica maneras distintas de vivir.

A muchos estudiosos les atrajo mucho más la manifestación de los actores en el momento del conflicto abierto, lo que provocó la multiplicación de trabajos sobre las grandes manifestaciones sociales y las organizaciones más visibles. Otra cuestión que despertó gran interés fue el estudio del momento de creación por parte de los actores, es decir, del instante en que estos inventaban y daban rienda suelta a su creatividad; para ponerlo en palabras de Alberoni, el momento del “estado naciente” de los movimientos.

En ese marco, existen quienes sostienen la necesidad de seguir manteniendo dicho momento para evitar caer en la cotidianidad y devenir en institución, ya que ésta aniquila la capacidad de cambio, espontaneidad, búsqueda, autenticidad, construcción y expansión de dicha creatividad.²

De ahí surge una polémica que en algunos sentidos se asemeja a la de los años setentas, la cual gira en torno a la especificidad del movimiento social en con-

¹ Cfr. Víctor M. Durand y M. Angélica Cuéllar, *Clases y sujetos sociales. Un enfoque crítico comparativo*, México, IISUNAM, 1990 pp.1-41.

² Cfr. Francesco Alberoni, *Movimiento e institución*, Editora Nacional, Cultura y Sociedad, s/f.

traposición al movimiento político y su relación con el cambio social. Algunas posiciones privilegiaron la importancia del estudio de las organizaciones sociales para el cambio sobre el de las agrupaciones políticas, refiriéndose a ellas como dos entes completamente separados y con límites bien definidos; para otros, una organización social sin fines estrictamente políticos era irrelevante para el cambio.

Quienes privilegian el análisis de los movimientos sociales por encima de los políticos, lo hacen porque les atribuyen una gran capacidad de invención de lo social a partir de las transformaciones de la vida cotidiana, ya que muchas veces su acción tiene dentro de sus objetivos las transformaciones en el marco del aquí y el ahora. En cambio, a los movimientos políticos se les considera sumamente institucionales por jugar sólo en el terreno electoral, y por tener poca incidencia en la esfera de lo social.

Contra las posiciones anteriores, hay quienes llaman la atención respecto de la necesidad de ubicar a los movimientos sociales y políticos en una perspectiva más amplia, que dé cuenta de las características de las movilizaciones que se desarrollaron en nuestro país en los últimos años. Esto es necesario porque —como lo señala Adriana López Monjardín—, no es posible establecer una separación tajante entre los movimientos sociales y los políticos, porque ni los primeros son sólo reivindicativos y apolíticos, ni los segundos se han reducido a las luchas electorales.³

A fines de la década pasada y muy particularmente a partir de 1988, la realidad se encargó de redimensionar dichas posiciones en el sentido de que si bien las organizaciones sociales pugnan por su constitución en la sociedad civil y reivindican su autonomía de los partidos políticos, ello no significa que su accionar no sea político y no incidan en la propia sociedad política.

Sin embargo, consideramos que los límites entre sociedad civil y sociedad política en nuestro país no están claros y mucho menos los mecanismos de mediación entre una y otra. De ahí que la cuestión pueda formularse de la manera siguiente: ¿hasta dónde es posible hablar de autonomía cuando los partidos incorporan en muchas ocasiones a los movimientos sociales bajo su influencia?

En ese mismo sentido, tendríamos que preguntarnos también ¿hasta dónde los actores construyen lo social de manera autónoma si muchas veces sus iniciativas son propiciadas por la acción del Estado o como reacción a una política gubernamental? Muchas de las organizaciones sociales de nuestro país tuvieron pronunciamientos y definiciones políticas en las elecciones de 1988, dando su voto a Salinas de Gortari o a Cárdenas. Por otra parte, el hecho de que las organizaciones para erigirse como interlocutoras ante el Estado, tengan que participar en una organización creada desde él mismo con tintes corporativos, pero de supuesta participación plural como el Congreso Agrario Permanente (CAP), nos

³ Adriana López Monjardín, "Movimientos sociales, movimientos políticos", en Víctor Gabriel Muro y Manuel Canto Chac (coords.), *El Estudio de los movimientos sociales: teoría y método*, México, El Colegio de Michoacán/UAM-X, 1991, pp. 21-35.

habla de la falta de claridad en la construcción de los “nuevos” mecanismos de mediación ya señalados.

El hecho es que aunque hoy día se hable de “modernidad” y “modernización”, vemos que finalmente seguimos en la premodernidad de un Estado fuerte con tendencias dictatoriales y donde todo pasa por él, hasta la propia constitución de la sociedad civil, y donde el mecanismo corporativo o “neocorporativismo” sigue siendo uno de sus mecanismos principales. Continuamos estando pues —en palabras de Salama— ante el accionar de un “Estado sobredesarrollado”.⁴

En otro orden de ideas, se puede afirmar que en el transcurso de la pasada década los estudios sobre la cuestión rural privilegiaron el análisis de las acciones y de los instrumentos de los actores, ello a pesar de su pretensión por evitar los estudios “accionalistas”. Este tipo de trabajos se distinguieron tanto por su novedad como por su variedad.

En términos generales, podemos decir que tanto el análisis estructural o de contexto como aquél que se aboca al estudio de los actores y sus organizaciones, no han estado exentos de problemas.

El primero, al privilegiar el análisis de las relaciones, procesos y conflictos a los que se encuentra sometida la sociedad, y a los que se supeditan los intereses y movilizaciones de los actores sociales, olvida que la sociedad está constituida por actores con dinámica propia, que se organizan, luchan y construyen esas mismas relaciones. A estos procesos y conflictos no se circunscriben como objetos sino como sujetos de la propia sociedad.

En cambio, el segundo, al privilegiar el análisis interno del actor a partir de su subjetivismo, su discurso y su acción, llega a identificarse con él y el entorno, donde los “otros” y los adversarios aparecerían como meras construcciones del actor, perdiendo objetividad y apareciendo como carentes de identidad y racionalidad propia, haciendo con ello difícil de identificar los límites y *l'enjeu* (lo que está en juego) en los movimientos. De ahí que los análisis caigan en el determinismo estructural externo o el voluntarismo y espontaneísmo llano, como mera conducta de reacción al entorno.⁵

En la medida en que la crisis en el agro se agudiza y las instituciones, lejos de abrirse con el fin de canalizar el descontento y la participación popular, se cierran, los movimientos avanzan, ensayan y crean nuevas situaciones y relaciones al nivel de la sociedad civil, que implícitamente van cambiando o al menos intentan cambiar la fisonomía de la sociedad política.

Esa situación es percibida con mayor claridad en la coyuntura actual. El gobierno de Salinas de Gortari se propone llevar a cabo una “reforma del Estado” con base en la transferencia de sus responsabilidades a las organizaciones sociales y con ello las obliga a entrar en una dinámica diferente. Esta medida ha implicado meter a los movimientos en procesos de los que no siempre tienen el control y que inevitablemente les imponen nuevas reglas. Asumir las responsabi-

⁴ Cfr. Pierre Salama, *El Estado sobredesarrollado*, México, Ed. ERA, 1989.

⁵ Manuel A. Garretón, “Actores sociopolíticos y democratización” en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLVII, núm. 4, México, IISUNAM, octubre-diciembre de 1985, p. 7.

lides que le corresponden al Estado, obliga a las organizaciones a adaptar sus estructuras orgánicas a las nuevas condiciones, con lo que ante los ojos de muchos parecería que los movimientos, que en algún momento fueron expresiones novedosas, están entrando en su fase institucional.

La institucionalización de los movimientos hará que el “Estado naciente” y la característica de “movimiento” desaparezca, según la percepción de algunos teóricos. Desde nuestro punto de vista, esto no significa el término de los movimientos o que los momentos de su creatividad se hayan agotado, sino más bien deseamos llamar la atención sobre los cambios cualitativos que han sufrido estos procesos y sobre los nuevos retos a los que se enfrentan hoy día los actores.

En efecto, no podemos afirmar que los actores han agotado sus momentos de creatividad cuando a lo largo y ancho del país surge una amplia variedad de procesos sociales, algunos —los menos— de grandes dimensiones, y otros —los más— tan pequeños que no llaman la atención de quienes andan a la búsqueda de lo grandioso, “lo significativo”, pero que como diría Galileo, “sin embargo se mueven”.

Los movimientos sociales se siguen manifestando en el campo, aun cuando cada vez se expresen menos como específicamente campesinos, ya que a partir de la agudización de la crisis, las sociedades rurales han estado sometidas a una amplia gama de presiones que las han obligado, en su afán de subsistencia, a expulsar a una gran cantidad de mano de obra y a establecer vínculos distintos con quienes se desplazan a las ciudades o a las regiones de atracción de fuerza de trabajo.

Los cambios en la dinámica interna de las sociedades rurales han hecho que los límites entre lo rural y lo urbano sean menos definidos. Este desvanecimiento de los antiguos límites se refleja en el desarrollo de la acción de los actores agrarios, tanto en los espacios propiamente rurales como en los espacios urbanos. Los actores sociales rurales se han trasladado a las ciudades, en muchas de ellas apropiándose de ciertos espacios sociales, a partir de los cuales han reconstruido sus relaciones, sus valores, e inclusive, su identidad, como es el caso de los migrantes indios.

A decir verdad, hoy día encontramos la manifestación de una amplia variedad de actores sociales que muchas veces no son más que uno y el mismo que se manifiesta de distintas formas según el espacio social en que se exprese. De esta manera se pueden identificar los movimientos de los productores, los jornaleros, las mujeres, los pueblos indios, los cristianos, los profesionales, los empresarios, así como aquellos que tienen como ejes aglutinadores la defensa de los recursos naturales y la ecología, el respeto a los derechos humanos, a los valores culturales y tradicionales, el abasto de productos básicos, el aumento en la calidad de vida, etc.

No podríamos tener una visión completa de los nuevos actores protagónicos en el campo e incluso en las áreas urbanas, si no tomamos en cuenta el papel fundamental que hoy día juegan las organizaciones u organismos no gubernamentales conocidos comúnmente como ONG's. Su importancia se debe no sólo a

la proliferación de este tipo de agrupaciones para buscar o proponer una solución a cualquier tipo de problema, sino fundamentalmente al auge que han cobrado en la articulación de la sociedad civil en torno a determinados ejes de acción social. De hecho, muchas veces son ellas las que se encargan de construir los espacios de acción social nacional, llegando inclusive a constituirse en mediadoras entre los actores, el Estado y las fundaciones internacionales de financiamiento.

A tal grado han sido importantes las ONG's en los movimientos sociales de los últimos veinte años, que algunas de ellas han empezado a reflexionar sobre su actuación, pues consideran que en lugar de ser las animadoras y acompañantes de los procesos, han asumido tareas que en realidad les corresponden a los actores. Esta manera de involucrarse define en mucho las acciones de los protagonistas, ya que la mayoría de estas asociaciones tienen una ideología, una filosofía, una posición política y una manera particular de concebir el cambio, por más que muchas veces aseguren que su acción nada tiene que ver con cuestiones políticas. De ahí la necesidad de realizar un primer acercamiento a este mundo tan complejo de las ONG's.

Tomando en cuenta la variedad y singularidad de los actores sociales y de los movimientos que atraviesan la escena rural hoy día, nos surgió el interés de proponer la realización de un seminario que, con la participación tanto de académicos como de dirigentes campesinos, centrara su atención en los problemas teóricos y metodológicos que enfrenta actualmente el estudio de los movimientos sociales en el campo.

El interés se circunscribía a una reflexión intelectual que coadyuvara y retroalimentara los propios procesos, rebasando la percepción empirista e inmediatista a la que muchas veces conduce la práctica cotidiana de los actores que en ellos intervienen. Por ello, la intención era que conjuntamente se estableciera un proceso de reflexión que rebasara la descripción monográfica de los movimientos y se abocara más a la discusión de los elementos teóricos que permitan la identificación de los actores, sus intereses, sus acciones, etcétera, con el fin de lograr una mayor claridad sobre los objetivos, los medios y el proyecto de sociedad que intentan construir.

Resumiendo, los objetivos del seminario quedaron planteados de la siguiente forma:

- 1) Reunir a los investigadores que en los últimos años han abordado la problemática rural desde los más diversos aspectos.
- 2) Reunir a dirigentes de diferentes movimientos para la reflexión teórica sobre su práctica y proyecto.
- 3) Revisar los modelos teóricos y metodológicos por medio de los cuales se analizan los movimientos sociales en el campo.
- 4) Distinguir los nuevos procesos y los nuevos actores sociales que atraviesan hoy día la escena rural y que van más allá de la mera relación con la tierra o la producción.

5) Señalar los alcances teóricos, metodológicos e instrumentales de los enfoques recientes.

6) Apuntar las tendencias probables de los movimientos sociales en el campo en la última década del presente siglo.

Con las ideas y objetivos expuestos anteriormente, nos dimos a la tarea de organizar, como investigadores del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y con el apoyo del Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Universidad Veracruzana, el seminario denominado “Los movimientos sociales en el campo. Teoría y método”, que se llevó a cabo los días 24 al 26 de octubre de 1990 en la ciudad de Xalapa, Veracruz.

Es necesario subrayar que lo que ahí se trató y sucedió, confirmó en mucho las apreciaciones e ideas que sobre el problema habíamos expuesto en la convocatoria y que son la base de las reflexiones planteadas anteriormente. Una vez más comprobamos la multiplicidad y diversidad de enfoques, niveles de abstracción y maneras de abordar la problemática, que da cuenta de la poca sistematización teórica y metodológica que todavía persiste en el análisis de los movimientos sociales en el campo; sin embargo creemos que todos los trabajos son una veta rica de avance en esa dirección.

En lo que se refiere a la primera mesa denominada “El estudio de los movimientos sociales en el campo. Problemas teóricos y metodológicos”, se presentaron trabajos que si bien tienen diferentes niveles de abstracción en el tratamiento del tema, son un avance significativo por el esfuerzo y aporte que hacen al centrar dicha problemática en el contexto teórico de la sociología en general, así como las implicaciones y aplicaciones que esto tiene en el estudio de la problemática rural en concreto.

El trabajo de Gilberto Giménez, denominado “Los movimientos sociales. Problemas teórico–metodológicos”, situado en un alto nivel de abstracción, nos presenta las tres fuentes principales de donde proceden los problemas teóricos que enfrenta el análisis de los movimientos sociales, a saber: la naturaleza del objeto de estudio que apela en mucho al subjetivismo de los actores y además el hecho de que cualquier acción colectiva, en este caso un movimiento social, sea un fenómeno complejo no homogéneo y que presenta muchas formas, por lo que el sentido de la acción no es percibido muchas veces ni por los mismos actores que en él participan; la dificultad de establecer un paradigma de génesis de los movimientos sociales, ya que ésta puede involucrar determinaciones múltiples y heterogéneas y, por último, el problema de tipo epistemológico que se presenta al tratar de precisar cuál debe ser la relación a establecer entre investigador–movimiento.

Giménez hace un seguimiento muy interesante de esos problemas, basándose en los planteamientos de tres de los principales autores que han contribuido a la elaboración de la teoría de los movimientos sociales: Alain Touraine, Alberto Melucci y Alejandro Pizzorno.

Luisa Paré, en su trabajo “Algunas reflexiones sobre el análisis de los movimientos sociales en el campo”, analiza en otro nivel de abstracción, cuáles han

sido las deficiencias, carencias y problemas que han presentado hasta ahora la mayor parte de los estudios sobre los movimientos sociales en el campo, señalando las vías de análisis que permitirían su superación. En ese sentido, no se trata sólo de la crítica por la crítica misma, sino de una crítica constructiva que abre nuevos caminos para el estudio de dicha problemática.

Para ella, una de las características fundamentales del movimiento campesino actual es su politización y la búsqueda del “movimiento campesino independiente” —que se crea fundamentalmente en el seno de la sociedad civil— de nuevas alternativas de participación.

La autora analiza los problemas que tanto el determinismo externo (visión “hacia afuera”) como el reduccionismo interno (visión “hacia adentro”) plantean para el estudio de los movimientos, como por ejemplo presentar un marco de referencia exclusivamente económico, plantear “falsas dicotomías” o caer en una “caracterización programática del movimiento”, dejando de lado el análisis de las prácticas cotidianas e internas de vida de las organizaciones. Asimismo, señala que ha existido una tendencia a tomar en cuenta las organizaciones articuladas regional o nacionalmente, dejando de lado las experiencias comunitarias y el análisis de la formación de identidades locales, y en esto sobresale también el problema de la base política de la identidad del campesinado.

Otros problemas significativos sobre los que llama la atención Paré, son aquellos que se relacionan con los factores coyunturales o procesuales y de espacio y temporalidad, que explican las diferencias en las manifestaciones de los movimientos campesinos, así como la cuestión de la evaluación amplia del impacto de los movimientos sociales. En los primeros, es importante subrayar también el estudio del papel que juegan ciertos agentes (programas estatales, maestros bilingües, promotores, etc.) en el surgimiento de las organizaciones sociales, y en cuanto a la evaluación de impacto, destaca lo que se refiere a la carencia de estudios que aborden el cambio en las relaciones internas de la organización y hacia afuera con el Estado.

Otra línea de investigación que se abordó en el seminario fue el de la espacialidad social de los movimientos. Aquí, los ponentes abordaron la problemática también desde diversos enfoques y con distintos niveles de abstracción, pero todos coincidieron en la necesidad de reconocer el espacio social en que se mueven los actores sociales, no sólo para distinguir las peculiaridades espaciales del movimiento o para definir su dimensión geográfica, sino para tener una visión mucho más precisa de los procesos de constitución de los actores y de sus movimientos.

Los investigadores reconocieron que en la mayoría de los estudios regionales que hasta hace poco se elaboraban, no se le daba mucha importancia al problema del espacio social de los actores, o si se le abordaba, éste era considerado sólo un dato más y, por lo tanto, los sujetos venían a ser simples reflejos de los procesos nacionales e internacionales. Esta manera de analizar a las sociedades rurales, propiciaba que el actor social rural, cuyos procesos hasta hace poco tiempo se

movían en espacios muy limitados, fuera considerado una encarnación del sujeto histórico.

Los investigadores Jaime Tamayo y Elisa Cárdenas apuntan de manera clara que el impulso de los estudios regionales no es labor sólo de descentralizar y desconcentrar, sino fundamentalmente de aproximarse al objeto de estudio en su “dimensión espacial real”. Este acercamiento es mucho más necesario en el análisis de los movimientos sociales campesinos, ya que por su composición, demandas, etcétera, tiende a manifestarse regionalmente. Los autores plantean una relación interesante entre región y actores del movimiento campesino, así como la forma en que éstos se manifiestan regionalmente, no obstante que en ocasiones lleguen a constituir agrupaciones nacionales como en el caso de la CNPA, la UNORCA, la UGOCP, etcétera.

Por su parte, Pierre Beaucage realiza un significativo esfuerzo en su trabajo “Los estudios sobre los movimientos sociales en la Sierra Norte de Puebla (1969-1989)”, al exponer las distintas maneras en que ha sido estudiada dicha región poblana. Divide estas formas en monografías de comunidades, la estructural-marxista, los movimientos sociales y los estudios de identidad.

El autor afirma que el problema del espacio social adquiere una dimensión distinta de acuerdo con los enfoques teóricos con que se ha abordado la región. En algunos momentos, sostiene que quienes investigaron la región prácticamente no prestaron atención a los espacios locales y regionales, y centraron su interés en los procesos nacionales. En otros casos, los estudios se centraron en las comunidades en donde el espacio social no es más que el terreno en el que los actores se enfrentan a otras sociedades y en donde todo transcurre sin grandes contratiempos. Sin embargo, Beaucage nos hace ver que en los últimos años estas actitudes han empezado a cambiar y que los estudiosos han puesto más atención en los problemas del espacio y del tiempo, sin perder de vista las determinaciones globales. Esto se debe a la emergencia de nuevos actores en la región, con proyectos propios y con la exigencia de establecer nuevas relaciones con los sectores con los que se enfrentan. La aparición de estas preocupaciones ha provocado que los estudiosos se interesen por los elementos etno-culturales que en décadas pasadas fueron desechados.

La temática sobre “Los actores y sus formas de organización”, fue analizada tanto por los representantes de los diferentes actores y sus organizaciones, a saber: productores, jornaleros, empresarios, campesinos pobres, pueblos indios y mujeres, como por académicos.

El objetivo era llegar a realizar análisis y establecer conclusiones significativas en cuanto a los procesos de construcción de identidades y por ende de identificación de adversarios (construcción de un “nosotros” con referencia a “los otros”), así como la constitución de sujetos sociales actualmente en el campo, tratando de llegar a delimitaciones por parte de los dirigentes campesinos fundamentalmente, sobre el proyecto histórico y el tipo de sociedad que se quiere construir. Sin embargo, es necesario señalar que desgraciadamente el

objetivo no se cumplió de manera cabal, pues no contamos con la presencia de la mayoría de los dirigentes de las organizaciones campesinas convocadas.

Si bien las razones concretas pueden ser múltiples, creemos que en general esto expresa un problema más abstracto, manifestación clara del ya señalado inmediatismo y empirismo que permea el accionar de los dirigentes-investigadores de las organizaciones, cuestión que muchas veces se refleja en un pragmatismo acendrado y en el desprecio por “las teorizaciones”. Esto en ocasiones llega a reflejarse en la falta de ciertas líneas que permitan la estructuración y consolidación de un proyecto histórico-político, que permita construir la historicidad del movimiento campesino en tanto movimiento social, fuera de sectarismos, divisionismos e ideologizaciones.

Las organizaciones que estuvieron presentes fueron la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), el Frente Independiente de Pueblos Indios (FIPI), la Unión de Comunidades Indígenas de la Zona Norte del Istmo (UCIZONI) y la Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo (COCEI). Aun cuando la participación de las dos últimas fue significativa y enriqueció el debate, por razones de espacio y por las características de la presente publicación, no pudieron ser incluidas.

Emilio García, dirigente de la CNPA, presentó el trabajo denominado “Estrategia modernizante y perfil del movimiento campesino contemporáneo”, que nos da una visión general del proceso de formación y desarrollo de la CNPA y la UNORCA, para analizar posteriormente las crisis de las centrales y proyectos unitarios que atreviesa actualmente al movimiento campesino (CIOAC, UGOCP, CCC, UCD, CAU y CAP) y cuáles son las perspectivas del movimiento.

Este autor analiza cuál es el tipo de relación y participación que establecen las organizaciones regionales y nacionales más importantes, tanto en el interior de ellas como con el Estado. Desde su punto de vista, las modalidades de esta última relación, explican en parte los procesos de disgregación interna o de consolidación mayor que presentan dichas organizaciones y frentes unitarios, según sea el caso. Para él, ninguno de los tres frentes de unidad que atraviesan el movimiento campesino actual ha logrado una consolidación o se puede erigir como “el principal representante del movimiento campesino mexicano”, por lo que dirige su análisis hacia los que él denomina “los proyectos regionales y sectoriales emergentes”, a los cuales les ve mayores posibilidades de desarrollo.

Para terminar, Emilio García vierte algunas ideas sobre la recomposición de fuerzas y las perspectivas del movimiento campesino en el contexto de la estrategia modernizadora del actual gobierno, a la cual califica de excluyente, y nos da una visión interesante sobre cuáles son los obstáculos a vencer y los retos a enfrentar por el movimiento campesino del siglo XXI.

Por su parte, el trabajo de Margarito Ruiz, representante del FIPI, avanza en la sistematización del proyecto histórico de uno de los actores más relegados del campo: los indígenas, a partir del análisis de su génesis, su concepción teórico-política y su método, táctica y estrategia. Destaca el hecho de apuntar hacia la construcción específica de una identidad individual y colectiva a partir de “la

unidad en torno a la noción genérica de lo indio”, con base en la cual se construye una concepción filosófica y una propuesta de sociedad.

La elaboración de una forma propia de concepción del mundo y una orientación cultural de la sociedad, parte de replantear el momento histórico de la “conquista” en términos filosóficos como un proceso de *invasión* política, militar y económica, y de ahí la base de la opresión en la que se encuentran sumidos los pueblos indios hasta hoy día. Opresión continuada y reforzada por el “paradigma étnico mestizo”, que encuentra en el Estado y el indigenismo su instrumento fundamental basado en un primer momento en el modelo integracionista, y hoy día en un “reconocimiento” de México como país pluriétnico, plurilingüe y pluricultural que, sin embargo, no reconoce los derechos constitucionales de los indígenas como ciudadanos en la completa acepción de la palabra.

El autor destaca el esfuerzo del movimiento indio por romper el aislamiento, buscar uniones, alianzas y proponer cambios a nivel global, teniendo como objetivo “...la construcción de una nueva sociedad: plural, democrática y basada en el poder popular”

Por su parte, los académicos estuvieron presentes y nos brindaron trabajos muy interesantes sobre algunos actores que emergen en la escena rural: los empresarios agrícolas y las mujeres.

Hubert Carton aborda el estudio de los empresarios en tanto sujetos sociales y, a diferencia de los planteamientos que hasta ahora se han manejado en cuanto a la formación de la burguesía por parte del Estado, afirma que en el caso de los agricultores y ganaderos podemos hablar de un sujeto social “autoconstituido” a partir de sus luchas y de su movimiento, y que comparte con los demás actores sociales del campo la característica de ser multiforme y de expresarse de múltiples maneras.

Carton nos presenta un esbozo de la constitución del empresariado agrícola a partir de las diferentes significaciones y prácticas de la categoría del “agrarismo”, desde la Revolución hasta la actualidad, y señala las diferencias con otros actores del campo.

Analiza también las formas de relación Estado–empresarios agrícolas caracterizadas, como en el caso de los demás grupos sociales, por el corporativismo y destaca al gremialismo como vía específica de vinculación. Esta segunda vía ha permitido a los empresarios el tener una mayor autonomía frente al Estado y que muchas veces la organización gremial sustituya al movimiento social.

Uno de los actores del campo cuyo análisis despertó gran interés fue el de las mujeres. Actor social generalmente olvidado hasta hace dos décadas, hoy se reconoce su intervención fundamental en la construcción de la sociedad.

En su trabajo “La mujer campesina como sujeto social”, Beatriz Canabal nos presenta una descripción amplia sobre la evolución de las diferentes formas en que se ha abordado el estudio de la mujer campesina, destacando la “concepción de integralidad” que hoy día caracteriza dichos estudios. Desde su punto de vista, esta integralidad se relaciona con el reconocimiento de la multiplicidad de

funciones que cumple la mujer en el ámbito rural debido a su triple condición de campesina, asalariada y mujer.

En esa perspectiva, encontramos estudios que analizan en el plano estructural la inserción y el aporte fundamental del trabajo de la mujer en la reproducción económica familiar y en los procesos productivos propiamente capitalistas, destacando aquéllos que parten del análisis del grupo doméstico o de la unidad familiar para detectar más cabalmente la inserción social de la mujer y el aporte de la fuerza de trabajo femenina a la reproducción global de la sociedad, rescatando las modalidades específicas que el género impone a estos procesos.

En otro ámbito de análisis, destacan los trabajos que se abocan al estudio de la relación organización familiar patriarcal-Estado-mujeres, y por otra parte están los trabajos teórico-prácticos que en forma de talleres han contribuido en mucho a la constitución de la mujer campesina en tanto sujeto social.

Por su parte, Sara María Lara hace un esfuerzo interesante de sistematización teórica sobre la mujer en tanto actor social, en su trabajo "Las mujeres: ¿nuevos actores sociales en el campo?", analizando los elementos sobre los que se sustenta su proceso de constitución como tal y tratando de descifrar si estamos ante el surgimiento de "un nuevo sujeto social".

Para ello, investiga cuál ha sido el tipo de movilizaciones, demandas y organización en las que han participado básicamente mujeres, tratando de identificar cuál es la identidad que construyen, las orientaciones o el sentido de su acción y el proyecto histórico que en ellas subyace. Una cuestión fundamental es rescatar en este proceso la importancia del espacio de la vida cotidiana de las mujeres y de sus acciones en ese nivel, como fundamentales para la construcción de la historicidad del movimiento de las mujeres del campo.

Por su parte, el trabajo de Guadalupe Valencia remite a un ejemplo concreto de aplicación de ciertas categorías analíticas en la formación de identidades colectivas, que generalmente se dejan de lado en el estudio de los movimientos y sujetos sociales. Su aporte fundamental, desde nuestro punto de vista, es el tratarse de un ejemplo empírico de la formación de un "nosotros" a partir de una práctica cotidiana y concreta de organización de los actores, y que es analizada desde dentro, dejando de lado claramente los determinismos externos, que sin embargo no están ausentes sino tratados en su justa dimensión.

Por último, se abordó el tema relacionado con el papel de las organizaciones no gubernamentales en tanto grupos de apoyo a los procesos económicos y sociales campesinos, ante las crecientes dificultades económicas de los actores y el retiro del Estado de ciertas áreas anteriormente atendidas por él.

La presencia de las ONG's ha dado una nueva lógica y una dinámica distinta a los procesos sociales, que muchas veces se traduce en la construcción de organizaciones sociales demasiado apegadas a sus directrices, y también ha provocado la reaparición de viejas actitudes políticas como considerar a los actores de dichos procesos de su propiedad. El papel que han empezado a desempeñar en los movimientos sociales ha conducido al Estado a ensayar nuevas formas de relación con los actores a partir de la construcción de sus propias ONG's, lo que

de entrada les quitaría el carácter de no gubernamentales, ya que son promovidas y financiadas, en parte, por el gobierno, aunque su propósito sea el de que los protagonistas se apropien de ellas.

En la discusión de esta problemática participaron investigadores con un amplio conocimiento del trabajo de ciertas ONG's en los movimientos sociales, precisamente por tener un vínculo estrecho con ellas, sea como animadores o como protagonistas, como es el caso del Grupo de Estudios Ambientales (GEA) y la Fundación Mexicana para el Desarrollo Rural (FMDR).

Carlos Cortés analiza en su trabajo "Las organizaciones no gubernamentales: un nuevo actor social", la situación en que se encuentra este tipo de agrupaciones en el marco de las transformaciones del Estado. El autor considera que para entender el crecimiento, la diversidad de actividades y la multiplicidad de metodologías y técnicas empleadas por las ONG's, es conveniente analizar la gestación de nuevas relaciones en las sociedades rurales.

El autor ofrece una clasificación de las ONG's y dice que éstas se definen por su naturaleza jurídica, por su ámbito de trabajo o por el sector al que enfocan su labor, aunque para él, la perspectiva política es aquélla que mejor caracteriza a las ONG's, ya que define sus variados objetivos y formas de acción, así como las características y posibilidades que les significa su autonomía del Estado.

Un problema en el que insiste el autor es aquél que se refiere a la identidad de estas organizaciones, y que no puede definirse sólo por el hecho de que está fuera del ámbito gubernamental, ni siquiera por su vinculación con los agentes sociales o por su inserción en los procesos organizativos. Para él, la cuestión de la identidad pasa por el hecho de reconocerse como un actor con intereses y problemas comunes, y sobre todo por constituirse en sujetos con capacidad de impulsar un proyecto alternativo al de las clases dominantes que posibilite el desarrollo de la organización social, proceso que no está en absoluto exento de problemas, algunos de los cuales analiza.

Gerardo Alatorre y Jasmine G. Aguilar, animadores del grupo GEA, nos ofrecen una visión distinta de las ONG's, sobre todo de aquéllas que pretenden apoyar a los movimientos populares en el ámbito rural. En su trabajo hacen una revisión de la amplia gama de ONG's que existen en la actualidad: desde las que surgen a partir de las iglesias, de la iniciativa privada, las caritativas, las de los partidos políticos, las que integran algunos equipos que antes trabajaban en el gobierno, hasta las que ocultan grandes negocios detrás del membrete supuestamente no lucrativo de A.C.

Según Alatorre y Aguilar, las ONG's en nuestro país aparecen tardíamente en relación con lo que sucede en el resto de América Latina, debido a la existencia de un Estado corporativo, y cuando surgen, adoptan actitudes generalmente contestatarias. En el ámbito rural se caracterizan por una incidencia a escala micro, al privilegiar el aspecto cualitativo entendido como "autodesarrollo" sobre el cuantitativo.

En virtud de la importancia que adquieren, las ONG's empiezan a ser presionadas por el Estado, que aspira a controlarlas. Ante esto, los autores consideran

que las ONG's deben plantearse la cuestión de su relación con el Estado neoliberal.

Como animadores de una ONG abocada a la investigación y solución de problemas ambientales, los expositores analizan el papel de estas organizaciones en ese ámbito, partiendo de considerar que la problemática ambientalista no puede desligarse de las cuestiones sociales como lo hacen aquellas corrientes que centran su atención en el "equilibrio ecológico", sin tomar en cuenta las dimensiones sociales, políticas y culturales de los campesinos. Asimismo, apuntan algunas ventajas y limitaciones del trabajo de las ONG's.

Otro problema interesante que abordan es el que se refiere a la identidad de las ONG's, señalando que dichas agrupaciones pueden definir su propia identidad, ya que tienen intereses y necesidades propias. Con esta identidad, las ONG's buscarán impulsar la organización social y articular sus intereses con los de los grupos campesinos.

En su trabajo "Grupos cristianos y movimientos campesinos en México", Víctor Gabriel Muro aborda el papel de los grupos de orientación cristiana vinculados a movimientos campesinos. Centra su estudio en el caso de las llamadas Comunidades Eclesiales de Base (CEB's), cuya actividad ha sido cualitativamente relevante en la promoción de organizaciones sociales y por la incorporación de varios de sus miembros en las filas de dichas agrupaciones. Su análisis parte del supuesto de que la creación y acción de las CEB's están relacionadas con el desarrollo particular de la Iglesia católica donde operan, y de que estos grupos conforman movimientos de gran envergadura que alteran estructuras políticas y sociales. Contra las tesis frecuentes que se manejan en torno a esta cuestión, el autor sostiene que los grupos cristianos surgen y se desenvuelven de acuerdo con una dinámica regional, en la que la relación entre la Iglesia y su espacio social es un factor decisivo en la configuración de los grupos y en donde la dimensión comunitaria frente al exterior es muy importante en su desenvolvimiento.

Gabriel Muro hace una reseña histórica del surgimiento de las CEB's y analiza la acción de estos grupos a la luz de las teorías de los movimientos sociales, recurriendo a teóricos como Gramsci y A. Touraine, entre otros. Después de analizar los principales enfoques y dificultades de estas teorías, plantea que los movimientos que le preocupan pueden ser visualizados como tales siempre que se reconozca su circunscripción a un tiempo y un espacio concretos. Para él, los nuevos movimientos sociales se originan a partir de un conflicto y son, generalmente, contrahegemonicos. Estos movimientos, afectan la cotidianidad y fomentan la búsqueda de una identidad personal y de los grupos en contra de la estandarización. Destaca los cambios que se producen en los grupos cristianos y que tienen que ver con la concientización política. En este proceso, reconoce tres tipos diferentes de articulaciones entre grupos cristianos y movimientos campesinos, según sus ámbitos y formas de relación y actuación. Por último, resalta el hecho de que los grupos cristianos no pierden su identidad cristiana a pesar de ampliar sus espacios de participación, y que en la mayoría de los casos

éstos constituyen auténticos movimientos sociales puesto que alteran estructuras sociales y políticas.

Neftalí Martínez Abundiz propuso, en su trabajo “El papel de las organizaciones no gubernamentales en el desarrollo rural de México: la FMDR”, una serie de elementos para contribuir con la construcción de un marco de análisis sobre los actores sociales que se desenvuelven en el medio rural de nuestro país. El autor expone la situación de pobreza en que se encuentra una buena cantidad de campesinos, así como las dificultades encontradas para que se involucren en compromisos que rebasen su entorno. Ante esta situación, y tomando en cuenta la política modernizadora del Estado, las ONG's pueden jugar un papel importante como creadoras de estrategias, metodologías y modelos en áreas como la promoción, la organización campesina, la capacitación y la tecnología. Propuestas que una vez probadas, podrán ser masificadas por el sector público o bien transferidas a otras organizaciones. En suma, el autor sostiene que la función de las ONG's es la de ser generadoras de herramientas para el desarrollo rural y nos expone de qué manera pueden arribar a dicho objetivo.

Para terminar, quisiéramos destacar cuáles fueron desde nuestro punto de vista las preocupaciones y los planteamientos más importantes que se expusieron en el seminario.

Una cuestión que estuvo presente a lo largo de las sesiones, fue la llamada de atención de los participantes respecto al hecho de los riesgos que conlleva el emplear mecánicamente la teoría de los movimientos sociales en el estudio de los actores de las sociedades rurales, sin someterla antes a un análisis profundo.

Se hizo énfasis en que no se puede utilizar dicha teoría solamente porque se han quebrado los paradigmas, o porque no se quiere reabrir la polémica que predominó en la investigación de la cuestión rural en los últimos diez años, o simplemente porque es la teoría de moda. Esta cautela ante su aplicación mecánica se debe, por un lado, al reconocimiento de la enorme complejidad que encierran los procesos sociales que se desarrollan en el seno de las sociedades rurales, y por otro, al desconocimiento que se tiene de ellas, en virtud de los cambios que han sufrido en la década de los años ochenta.

Esa complejidad y las profundas transformaciones presentadas al calor de la crisis, hacen que el mundo rural siga provocando sorpresa, especialmente cuando sus miembros se convierten en actores y se ponen en movimiento así como cuando proponen proyectos que la mayoría de las veces no son entendidos por los sujetos que no comparten sus espacios.

Lo anterior significa que si ya de por sí es sumamente difícil entender a las sociedades rurales, lo es mucho más cuando sus integrantes se constituyen en sujetos con demandas y proyectos propios. Al constituirse en actores sociales, los campesinos, los trabajadores del campo, los pobladores rurales o como quiera definírseles, se transforman en verdaderos sujetos incómodos tanto teórica como políticamente.

Es precisamente esa emergencia de los sectores campesinos y su conversión en sujetos, lo que ha llamado más la atención de los estudiosos en las últimas dos

décadas, sobre todo porque su comportamiento y sentido no siempre se ajustan a los guiones que determinadas teorías establecen para ellos.

Los procesos de constitución de los actores, su lógica y su dinámica, su sentido y contenido, así como la manera en que construyen sus organizaciones —con las que aparecen y desaparecen de la escena política nacional—, fueron los ejes alrededor de los cuales giró la discusión y fundamentalmente sobre la cuestión de si las acciones de dichos procesos pueden definirse como movimientos sociales o no, de acuerdo con los planteamientos de algunos teóricos de los movimientos sociales.

Con la aparición de los actores sociales de las sociedades rurales y la construcción de las más variadas formas de organización, los trabajos de los investigadores se preocuparon por conocer más de cerca los procesos de constitución de los actores, así como el espacio en que se mueven. Muchos de ellos dejaron de plantear de entrada el carácter de las acciones campesinas y la potencialidad de sus demandas, y en su lugar dejaron que los protagonistas y sus organizaciones hablaran y contaran con sus propias palabras sus aspiraciones y su visión de la sociedad y del país. Entre más se detienen los análisis en el conocimiento de los actores sociales, más se descubre su complejidad al percatarse del surgimiento de nuevos actores como la mujer, los jóvenes, los indígenas, los cristianos, etcétera, y de las más variadas formas de expresión que inventan para que sus planteamientos sean atendidos.

La discusión en torno a la conveniencia o no de emplear la teoría de los movimientos sociales para tratar de explicar el comportamiento de los nuevos agregados sociales en el campo, se produce en la medida en que la constitución de los nuevos actores sociales rurales genera realidades inéditas, que obligan a repensar los instrumentos teóricos utilizados hasta ahora.

Los nuevos conflictos sociales que se generan en las sociedades rurales adquieren una dimensión distinta a la de épocas no tan remotas, porque sus protagonistas demandan un nuevo tipo de relaciones con la sociedad no rural, al mismo tiempo que un trato distinto con quienes diseñan las políticas hacia el campo y con los estudiosos. Los actores sociales del campo ya no quieren que se les siga considerando simples objetos de estudios o materia de las políticas gubernamentales, sino que ahora demandan que se les reconozca como verdaderos sujetos.

Otra cuestión importante que caracterizó las discusiones fue precisamente el reconocimiento de estos nuevos fenómenos de agregación, que plantea nuevos retos teóricos y metodológicos y demanda una mayor reflexión para poder dar cuenta de la capacidad de invención de lo social por parte de los actores rurales, a pesar de la adversidad y de las condiciones de miseria en que se encuentran sus economías y que los obligan a ensayar diversas estrategias de sobrevivencia antes que abandonarse a la inercia. Se trata en todo caso de recuperar la discusión científica que en torno a los problemas rurales se generó en los años setenta, la cual antes de caer en la mera ideología propició una creación intelectual impor-

tante y que hoy es reconocida por investigadores cuyos trabajos lejos de avanzar se estancaron teórica y metodológicamente.⁶

A la luz de lo que se discutió en el seminario y de los nuevos fenómenos de acción colectiva en las sociedades rurales, consideramos que el análisis sobre los movimientos sociales debe tomar en cuenta la mejor tradición de la reflexión teórica de los estudiosos del campo, antes que hacer tabla rasa del pasado para no revivir las viejas pasiones. Esto es así, ya que la cuestión de los actores sociales rurales puede entenderse mejor si se va más allá de aquellas corrientes que sólo ponen atención en las acciones, las motivaciones, las intencionalidades, la racionalidad de la acción, los proyectos, las formas de organización, etcétera. De ahí que se insista en la incorporación de dimensiones importantes como los procesos de producción de la vida material y espiritual de las sociedades rurales, los diversos mecanismos de relación entre éstas y la sociedad mayor, los procesos de desestructuración-reconstitución de dichas sociedades, así como en concebir a los sujetos en proceso de constitución y como síntesis de múltiples transformaciones que pueden cristalizar en diversos resultados.

Por el contenido de las ponencias y el tono de las participaciones es evidente que la discusión sobre los actores sociales rurales a partir de la teoría de los movimientos sociales apenas se inicia, no obstante la gran cantidad de trabajos que abordan los fenómenos colectivos desde distintas disciplinas, como la antropología, la sociología, la ciencia política, la psicología social, etc.

Hay que señalar que la discusión mencionada no empieza a darse sólo en lo que respecta a los actores sociales del campo, sino también en lo que respecta a todas las nuevas acciones colectivas, especialmente cuando no se percibe la centralidad de un sujeto histórico.

En ese sentido, el debate sobre la pertinencia de la teoría de los movimientos sociales para entender y explicar a los sujetos emergentes en general, comienza a crear un campo de reflexión muy interesante, en la medida en que llama la atención sobre una serie de aspectos no resueltos del todo por los constructores de dichas teorías. Al respecto destaca la reflexión en torno al problema del sujeto desde la perspectiva de la filosofía.⁷

Sin embargo, no hay duda de que es en el ámbito de la sociología, la ciencia política y la antropología en donde se empieza a dar una mayor reflexión en torno a la cuestión de los sujetos y los movimientos sociales. Esta preocupación abarca no sólo la cuestión de los sujetos emergentes como las bandas, los homosexuales, etcétera, sino también, y cada vez con mayor frecuencia, de sujetos como los obreros, los campesinos y los indios.⁸

⁶ Cfr. Enrique de la Garza (coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, México, CIIHUNAM/Miguel Angel Porrúa, 1992, volumen primero, pp.5-52.

⁷ Cfr. Miraflor Aguilar (ed.), *Crítica del sujeto*, México, Fac. de Filosofía y Letras, UNAM, 1990.

⁸ Cfr. revista *Topodrilo*, núm. 15, UAM-I, sobre todo los artículos de: Francisco Salazar, "Movimientos sociales en los ochenta"; José Othón Quiroz Trejo, "Movimientos sociales en México"; Eduardo Nivon, "La perspectiva cultural de los movimientos sociales" y César A. Cisneros Puebla, "Entre el conservadurismo y la disidencia". Cfr. también Aurora Loyo Brambila, "Una metodología individualista para el

El interés por desentrañar los alcances globales de la teoría en cuestión es cada vez mayor, como lo ejemplifican los trabajos recientes en que se hacen una serie de cuestionamientos, así como los que rescatan ciertos elementos que pueden ayudar a explicar los nuevos agregados sociales y los que llegan a proposiciones interesantes.⁹

En el análisis de lo rural, lo anterior adquiere una complejidad mayor, pues a las anteriores preocupaciones y a las preguntas sin respuesta, hay que agregar los problemas que se relacionan con la readecuación del campo a los procesos de modernización y a la redefinición de las relaciones de los actores rurales y el Estado. Esto adopta una cuestión central en los últimos años, particularmente en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, al iniciarse un reajuste estructural que implica, tendencialmente, la desaparición de conquistas sociales de los campesinos como el derecho a la tierra y el reparto agrario.

Debido a lo complejo de la cuestión agraria y a la incomodidad teórica y política que representan los sujetos rurales, la teoría de los movimientos sociales puede llegar a significar entonces una propuesta que ayude a reconocer los procesos de creación del actor colectivo en los espacios rurales, no como simple consecuencia de tensiones estructurales, disfunciones o deprivaciones relativas, sino como procesos que tienen su raíz en la vida cotidiana de la vida social y en las redes comunitarias y organizativas en las que se forma una identidad colectiva.

El debate apenas comienza, pero lo que no se ha detenido —por más que los vientos neoliberales así lo deseen—, es el actuar cotidiano y muchas veces subterráneo de los actores sociales del campo, con el objetivo de mantener una forma de vida diferente a la que ofrecen, pero no garantizan, los modernizadores.

Ya sea como campesinos mestizos o como indígenas, como jornaleros o mujeres, como cristianos o ecologistas, como comuneros o ejidatarios, los actores sociales de las sociedades rurales seguirán inventando nuevas formas de acción social para superar las dificultades que la modernidad les impone, aunque pocas veces hagan ruido o llamen la atención de la sociedad nacional. No obstante las intenciones de convertir a los campesinos o a los hombres del campo en empresarios agrícolas, creemos que muchos de ellos (la mayoría) insistirán en la construcción de sus propuestas alternativas y seguirán haciendo sufrir a los políticos, planificadores y estudiosos, pues los actores rurales continúan siendo, a pesar del avance de las ciencias, sujetos incómodos.

*Estela Martínez Borrego y
Sergio Sarmiento Silva*

análisis de una acción colectiva: (El enfoque de Anthony Oberschall)", en *Sociológica*, año 4, núm. 9, México, enc.-abr. 1989, pp.163-174.

⁹ Cfr. Rafael Guido Béjar *et al.*, *El juicio al sujeto. Un análisis global de los movimientos sociales*, México, Miguel Angel Porrúa editores y FLACSO, 1991. Gabriel Muro González y Manuel Canto (coords.), *op. cit.*; Sergio Zermeño y Aurelio Cuevas (coords.), *Los movimientos sociales en México*, México, CITHUNAM, 1990.